

permanecen en la aldea, cuidando de la casa y prole mientras que los hombres van a trabajar a las granjas de los Bantús. Por el contrario, en los grupos nómadas, las mujeres tienen la misma movilidad que los hombres y salen en busca de alimentos con la misma frecuencia que éstos. Además, ambos, hombre y mujer, comparten el cuidado de los hijos en aquellos días en que no salen en busca de alimentos.

Martí y Pestaña ven claramente —con toda la claridad que pueden verse los tiempos remotos— que el sedentarismo es el principio de la subalternidad de la mujer, y así lo expresan: «Habíamos partido de la hipótesis sustentada en numerosas observaciones etnológicas y arqueológicas, de que dimorfismo sexual y la división sexual del trabajo no tenían por qué afectar a la condición de la hembra en las sociedades primitivas, en la medida que éstas se fundamentan en la cooperación para la reproducción y subsistencia en equilibrio armónico con su medio natural y técnico. Ahora vemos cómo el cataclismo social que se asocia al sedentarismo crea las condiciones para que de la diferencia surja la desigualdad.»

Tres diferenciaciones fundamentales

Las concepciones acerca de la virilidad y feminidad se fundamentan en tres elementos. Uno es la diferencia en aptitudes físicas, talla, peso y masa muscular y su equivalente de agresividad en el plano del comportamiento viril. Otro es la diferencia en aptitudes intelectuales que se traduce —según se nos dice— en una superioridad masculina en el plano específicamente humano del pensamiento lógico y la capacidad de abstracción y teorización resultantes. Finalmente, está la cuestión de las diferencias sexuales en cuanto a comportamiento social, expresado por su correspondencia con un temperamento y roles sociales dimórficos.

Los autores se muestran en total desacuerdo con los partidarios de lo que llaman «la pretensión sociobiológica», que con su uso indiscriminado de los genes y la teoría de la selección natural darwiniana, conduce a una mixtificación seudocientífica, que no resuelve los paradigmas de la sociología y antropología, además de dejar malparada a la propia teoría evolutiva.

Martí y Pestaña traen a sus páginas a Lorenz y a Goldberg con sus dos verdades universales: a) los machos son más agresivos que las hembras y esta diferencia no es producto de la socialización, sino de influencias hormonales, y b) los machos son y han sido dominantes en todas las sociedades humanas conocidas. Esta mayor agresividad masculina es la que establece relaciones de dominancia en los encuentros intersexuales que ocurren en la familia y en los encuentros intrasexuales que conducen al liderazgo en la política, la profesión y en cualquier otra actividad que no tenga que ver con el cuidado de las crías. Goldberg reconoce la existencia de sociedades que han extendido la dominancia masculina más allá de lo que es biológicamente necesario, pero insiste que existe un límite de igualación sexual, más allá del cual peligra hasta la misma sobrevivencia de la sociedad. «Traspasar ese límite —dice— sería a costa de renunciar a la ciencia, la industrialización y la democracia.»

Goldberg y sus seguidores sostienen que «el sistema hormonal masculino dota al

hombre de una ventaja que le capacita para enfrentarse mejor con aquellos elementos del ambiente societario en los que la agresión conduce al éxito».

Ante este planteamiento de que los roles sociales están biológicamente determinados por la testosterona, los autores de «Sexo: Naturaleza y poder», se preguntan: «... entonces ¿cómo explicar las notorias diferencias de estatus social entre aquellos dotados de un sistema hormonal equivalente? ¿Cuáles son las sutiles diferencias en los niveles de testosterona que garantizan el éxito social? ¿Sería lícito recurrir al dooping hormonal para ascender en la escala social?, o ¿llegaremos a establecer un horóscopo «científico» sobre las bases de un sencillo ensayo hormonal en los jóvenes púberes?» «Estas son —añaden— algunas de las ideas sugestivas que surgen de la lectura bióloga de la sociedad.»

No al preestablecimiento biológico

Sacramento Martí y Angel Pestaña piensan que no hay unos rasgos o actitudes, temperamentos o estereotipos propios o intrínsecos a un sexo, en el sentido biológico, sino unos modelos sociales de comportamiento, seleccionados y fijados culturalmente en función de la evolución histórica de cada sociedad. Como Margaret Mead, son de la opinión de que si no existieran las tajantes prohibiciones que obligan a actuar de una manera o de otra, «el hombre o la mujer expresivos llorarían sin sentirse avergonzados, o hablarían del temor o del sufrimiento que experimentan».

Para combatir esa subalternidad, que hace de la mujer el segundo sexo, los autores del presente trabajo, consideran indispensable la incorporación de la mujer al trabajo productivo extradoméstico, «introduciendo —escriben— por el feminismo socialista decimonónico a partir de las enseñanzas de Engels, Bebel y los socialistas utópicos, y a la educación igualitaria, defendida especialmente desde los tiempos de Simone de Beauvoir».

Finalmente, a modo de compendio y refiriéndose concretamente a la realidad española, este libro resalta la necesidad de que el sistema educativo y los medios de comunicación incorporan, de manera decisiva, el profundo significado social de la reproducción y la carga unilateral que las tareas reproductoras imponen a las mujeres, Abogan por que la maternidad «deje de percibirse como un mero acto individual, consecuencia del “destino biológico”, impuesto a las mujeres por los mecanismos de la ideología tradicional, para adquirir la consideración social que merece su alto valor para la comunidad, en términos de producción de la vida». «Sexo: Naturaleza y poder» acaba con unos brillantes párrafos, que Martí y Pestaña quisieran ver impresos en las constituciones de todos los países. Textualmente dice uno de los más significativos:

«La Constitución protege el derecho de las mujeres a acceder libre y conscientemente a la maternidad. Para garantizarlo se arbitrarán las medidas necesarias para erradicar de la sociedad los mecanismos existentes que impulsan a las mujeres a realizar las tareas reproductoras sin consciencia exacta de su cometido.»

Si el propósito de este libro era revisar críticamente las recientes experiencias del conocimiento socio-cultural y biológico, desde una perspectiva intencionadamente

feminista, hay que reconocer que los autores lo han conseguido, a pesar de que la alarma ante la irrupción de una ideología biologista, ha de seguir sonando, puesto que aquí y allí sigue latiendo.—ISABEL DE ARMAS (*Juan Bravo*, 32. MADRID-6).

Las familias y los años *

Si hubo un elemento social-cultural que se trasladó de la península a las Indias y que permaneció intacto durante todo el tiempo de la colonia y se mantuvo después de la independencia, ése fue el de las estirpes y los abolengos familiares.

Sabido es que la llegada de los españoles trastocó por completo el funcionamiento natural de la América y, en cambio, se establecieron los estereotipos europeos. Dicho reemplazo se efectuó gracias a la violencia y contundencia desempeñadas por el invasor o por la pasividad del invadido que se rindió ante una civilización cultural y militarmente superior. En todo caso, esos españoles, cuyo país estaba plenamente instalado en el Renacimiento, introdujeron en el continente sometido formas de vida y de gobiernos medievales. Aceptemos que la España ya constituida en Estado propiamente dicho despertaba del letargo del Medioevo; pero ésa era la nación oficial, la de las élites políticas y europeístas y no a la que pertenecían los rapaces conquistadores extremeños ni los colonizadores castellanos, vascos y gallegos. Estos atravesaron el mar llevando como equipaje la nostalgia traducida en abolengos señoriales que certificaban en pergaminos y escudos que emplazaron en las fachadas de las casas del Nuevo Mundo.

La primera capa de la sociedad americana estaba formada. Los criollos, nombre que recibe el español nacido en América, es el intermediario entre la dominación de la metrópoli y el resto de la población. La clase siguiente la constituían los mestizos; amplia franja que disfrutaba de ciertas ventajas y que, andando el tiempo, fue la mayoritaria en casi la totalidad de las colonias y de las futuras repúblicas. El estado llano propiamente dicho lo componían los indios puros y, después (mucho después) de la independencia, los negros y mulatos.

La clase criolla, como detentadora del poder, se convierte en germen de la burguesía; poco a poco iría cuajando al socaire de las pocas ideas ilustradas que iban penetrando en el continente y de los viajes a Europa que efectuaban los benjamines de las familias para educarse en la Corte o en ciudades como Londres o París. Esa

* PEDRO JORGE VERA: *Las familias y los años*. Edilibro, 1982.

burguesía, su sector más progresista, es la que siente la necesidad de la independencia, la que solicita y la que entra en franca guerra con la Madre Patria. Una vez conseguida la emancipación, pasará a ocupar el puesto que dejara el gobernante hispánico; el otro sector criollo, el que quería seguir bajo la dominación de la Corona y que ocupaba un hábitat predominantemente rural y al que apoyaba abiertamente la Iglesia católica, recibió el nombre de conservador, enemigo de los progresistas o liberales que habían conquistado la libertad política. Estos últimos pretenden la modernización de los países, la conexión con las grandes ideas del Siglo de las Luces, desde su emplazamiento urbano y, en la mayoría de los casos, costero, de cara a los puertos, al intercambio con el extranjero. En el interior quedaban los grandes propietarios de haciendas gigantescas, con mano de obra semiesclavizada, en un oscurantismo religioso cercano al medieval.

La historia poshispánica del conjunto de América Latina puede ajustarse a este modelo con ciertas diferencias en un país o en otro, pero, en general, éste es el enfoque que a todos caracteriza. En los decenios de finales del siglo pasado y principios del presente, estas diferencias se irían a marcar positiva o negativamente, de acuerdo con la dinámica interna de los países y de la influencia que fueran recibiendo del exterior. Ecuador, el país andino, amazónico, a orillas del Pacífico y segregado del gran proyecto bolivariano, la gran Colombia, es el tema que conforma la obra de Pedro Jorge Vera, «Las familias y los años». No es que sea un tratado o manual de historia de esta república, pero la intencionalidad novelística del autor no impide que los hechos puedan ser contemplados con el rigor científico que merecen.

Patente quede el fenómeno de traslación de la clase aristocrática peninsular a la colonia. Las familias que habitan en la obra de Vera llevan en la sangre el orgullo de casta que muy bien pudieran exhibir en España apellidos como los de Alba, los Puñoenrostro y hasta los mismos Borbón. La independencia no ha sido más que un pretexto para afianzar la ya probada superioridad social en todos los sentidos; el único obstáculo que la clase criolla tenía para la consolidación total de su dominio venía precisamente de la misma metrópoli, pues el endémico centralismo de Madrid prohibía el acceso a cargos públicos a los naturales del lugar, así fuesen descendientes directos de españoles peninsulares. El más humilde empleado del Estado tenía que venir de Madrid, hasta la revuelta general que cuajó en independencia. Los criollos se hicieron dueños de la situación y reemplazaron a los españoles, heredándoles en todos los aspectos. Pero rápidamente vendría el divorcio, pues, como se dijo antes, la clase criolla estaba dividida en progresistas y conservadores.

Pedro Jorge Vera disfraza a las dos ciudades más importantes del Ecuador, Quito y Guayaquil, con los nombres de Solana y Verdemil, respectivamente. (Sería cuestión de inquirir directamente del autor el porqué de este truco, por lo demás innecesario.) El conflicto entre las dos urbes es capitaneado por sus respectivas familias dominantes y la dinámica sociológica que les motiva. Solana, al ser sede de la Real Audiencia durante la colonia, se transforma en capital de la nueva república independiente y también en asiento de todo aquello que es conservadurismo, tradición y costumbres ancestrales. Verdemil (Guayaquil) es el puerto en donde una pujante actividad industrial sirve de caldo de cultivo a las nuevas ideas que, como un sarampión,